

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 26 DE MAYO, 52

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUZUILLA

EL SIGLO

Hasta «El Censor»

Es evidente la flojedad de argumentación en que la Comisión del Senado ha pretendido fundar el informe, aconsejando que se mantenga en vigor la ley sancionada en 1885, por la que, contraviniendo a lo dispuesto expresamente en la Constitución, se abrieron las puertas del Cuerpo Legislativo a los oficiales generales del ejército.

La Comisión del Senado ha considerado aquella ley como interpretativa de los artículos constitucionales y ha manifestado que no compete a las actuales Cámaras examinar y decidir si la interpretación estuvo bien o mal hecha.

El sofisma es claro a nuestros ojos; porque no puede admitirse lógicamente como ley interpretativa de un artículo constitucional una ley que claramente lo infringe.

Se ha pretendido que estas son argucias de los constitucionales, y hasta se ha tratado de persuadir a los militares de que solo por una prevención injustificada contra ellos se sostiene la inconstitucionalidad de la ley de 1885.—Bastaría para destruir esta apreciación tener presente que la Cámara de Representantes ha sancionado ya la derogación de la ley de que se trata. Pero a mayor abundamiento queremos tomar nota de la opinión que acerca de este asunto emite hoy *El Censor*, a quien suponemos que no se acusará de ser enemigo del ejército.

Véase lo que esta mañana dice el colega: «Si los generales que ocupan puestos en la representación nacional gozan sueldo del Poder Ejecutivo, la ley interpretativa de la Constitución, que hace compatible esa dependencia retribuida con el cargo de diputado o de senador, es a todas luces una ley inconstitucional, en razón de que no hay tergiversación posible en lo de dependiente a sueldo, pues el texto del artículo 25 de la carta fundamental de la nación no admite semejante interpretación, y por otra parte es sabido que las leyes no son susceptibles de ser interpretadas cuando su letra es clara y terminante, y si únicamente en los casos en que su sentido es dudoso.»

Creemos que el ilustrado colega está en lo cierto; y sería una cosa inconcebible que en caso de que una legislatura mal inspirada infringiera un artículo constitucional claro y expreso a pretexto de interpretarlo, todas las legislaturas posteriores se crean en el deber de acatar y respetar aquella violación de la carta fundamental.

Ahora tenemos que impugnar otra interpretación que *El Censor* pretende dar al artículo constitucional. Este dice terminantemente que los empleados civiles o militares a sueldo del Poder Ejecutivo no son elegibles. *El Censor* pretende que los constituyentes dijeron una cosa diferente de la que quisieron decir. Según el colega, lo que se propusieron aquellos legisladores fue solo que los empleados civiles o militares dependientes a sueldo del Ejecutivo no pudieran mientras lo fuesen pertenecer al Cuerpo Legislativo; pero no cree que la mente de los constituyentes fuese privar a aquellos ciudadanos del derecho de optar entre continuar percibiendo su sueldo o renunciar a él para tomar asiento en el Senado o en la Cámara de Representantes en caso de que fuesen elegidos.

A pesar de la opinión del colega hay que atenerse a la letra clara y terminante del artículo constitucional. Este no habla de la opción que *El Censor* quiere establecer; sino que declara explícitamente que los empleados civiles y militares a sueldo no pueden ser elegidos; de lo cual se deduce que si lo fuesen su elección sería nula. —No podemos por tanto admitir como legítima la interpretación de *El Censor*.

El colega trata de demostrar que lo que ofrece inconvenientes es que un ciudadano sea a la vez empleado del Gobierno y miembro del Cuerpo Legislativo; pero que este inconveniente desaparece si el funcionario antes de tomar posesión de su asiento en la Cámara, renuncia su empleo y su sueldo. —Bastaría como hemos dicho para destruir este argumento atenerse a la letra bien clara del artículo de la Constitución; pero puesto que el colega ha entrado en el terreno de las suposiciones, no tenemos inconveniente en seguirle también en el mismo. —Diremos por tanto que se comprende perfectamente que un Gobierno tenga interés en hacer que sean elegidos ciertos funcionarios civiles o militares, aun para ejercer el cargo de senadores o representantes tuviesen que renunciar temporalmente al empleo y al sueldo de que gozaban. Si esos funcionarios eran como legisladores dóciles a las inspiraciones de un Gobierno, éste encontraría medio de premiarlos cuando después de terminado su mandato, recobrasen su antigua posición oficial.

Todo esto es puramente hipotético, porque repetimos que cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre el particular en teoría, es preciso conformarse en la práctica con el texto de la Constitución.

Por lo demás nuestro objeto principal al escribir este artículo ha sido hacer constar que *El Censor* cree como nosotros que la ley de 1885 es a todas luces inconstitucional, porque el artículo 25 de la carta fundamental no admite interpretación.



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

CAPITAL: \$ 112.000.000

MONEDA NACIONAL ORO SELLADO

TASA DE INTERESES

Cuenta corriente a la vista

Abona sobre saldos diarios	3 %
Cobra	10 %

Caja de ahorros

Abierta todos los días hábiles y los domingos de 11 a 1 p. m., abona 5 % anual sobre saldos que permanezcan en el Banco más de 30 días.

La primera entrega no será menor de 10 \$ ni mayor de 200. Las siguientes pueden hacerse hasta el mínimo de 1 \$.

Los depósitos pueden retirarse previo aviso de 3 días.

Depósitos a premio

Abona 5 % anual sobre el saldo, pudiendo retirarse el todo o parte, previo aviso de 10 días.

Depósitos a plazo fijo

Abona interés convencional según el plazo recibiendo el depositante un pagaré a la orden, por el total de capital e intereses.

Descuento, préstamos y cauciones

Interés convencional según cantidad y plazo.

Sección Hipotecaria

Se presta con garantía de fincas urbanas o rurales al interés de 8 % anual y a plazos de 5 a 30 años, amortizando la cantidad recibida con pagos semestrales.

El Banco admite solicitudes directas o por intermedio de corredor, para todas las operaciones autorizadas por sus Estatutos.

Pedro Bustamante.

Presidente.

Emilio Itous.

Director-Gerente.

Daniel Muñoz.

Secretario.

Sociedad Vitícola Uruguaya

(Extracto de la memoria que el 9 del corriente se presentó a la asamblea general de accionistas.)

Uno de los objetivos que preocupó inmediatamente al Directorio, fué la adquisición de terreno para verificar las plantaciones; al efecto, publicó en los diarios de la capital avisos llamando a propuestas para la compra de una zona apropiada, a hizo gestiones particulares en el mismo sentido, obteniendo por fin la fuera vendido para esta empresa el campo de su propiedad ubicado en la estación La Cruz, consistente en una área de 1,650 cuerdas más o menos, al precio de quince pesos por cada cuerda; al efecto, se procedió a establecer un compromiso de venta con fecha 10 de Setiembre, por el cual el Directorio abonó en el acto diez mil pesos y el resto por entregas no menores de 1,000 pesos con un interés de 6 % anual, hasta completar la cantidad de 26,000 pesos, que se ha hecho ya efectiva.

Mil quinientas cuerdas del terreno comprado se hallaban arrendadas a los señores Muracciole hnos. por el precio de mil doscientos pesos anuales y por el término de dos años, el resto estaba libre de todo compromiso; después de una inspección minuciosa del terreno, el Directorio juzgó acertado empezar sus trabajos de preparación de tierras para las plantaciones, dentro de la zona arrendada por los señores Muracciole hermanos, obteniendo de éstos en sub-arrendamiento ciento veinte cuerdas por el primer año, al precio de ocho reales cuerda, con el compromiso de que la fuera cedida mayor área en los años subsiguientes, y la obligación por parte de la Sociedad de comprar a aquellos señores un alambrado de su propiedad y las poblaciones existentes en el campo, a precio de tasación.

El resto del terreno fué arrendado al señor Vannelli a razón de un peso anual por cuerda, debiendo entregarlo a la Sociedad con un aviso cuando lo juzgue necesario, como acaba de hacerlo a solicitud del Directorio.

Empezar los trabajos de preparación de la tierra en los meses de Octubre y Noviembre, en medio de una prolongada sequía, poco pudo adelantarse hasta Diciembre y Enero, en que se roturó una zona de sesenta cuerdas más o menos de terreno, en las que alcanzó a sembrarse alguna parte de maíz, porotos, cabada, legumbres, etc., cuya producción se destina al consumo del establecimiento.

Antes de adquirir la propiedad que hoy posee la Sociedad, el Directorio quiso adelantar un año en la preparación de almázcigos y aceptó del señor don Federico R. Vidiella el siguiente ofrecimiento en Julio 22 de 1887:

«Cien mil sarmientos de vid al precio de 30 pesos el millar, con los cuales hará un almázcigo de trecientas mil parras más o menos. La Sociedad le abonará solamente el gasto de peones que demanda la formación del almázcigo y su cuidado; en cuanto al valor de los sarmientos, se lo entregará dentro de los diez años venideros, del producto de la venta que la Sociedad haga de sarmientos o parras; si la Sociedad no hace comercio de parras o sarmientos, no pagará nada por el préstamo hecho.

Últimamente el señor Vidiella renunció a favor de la Sociedad el derecho que se había reservado de reclamar el reintegro del valor de los sarmientos cedidos.

El Directorio adquirió también por compra cien mil sarmientos de la variedad que cultivaba el señor Harriague en el Salto, dos mil de las del señor Pretti y algunas otras variedades más que se confiaron al señor Lerena Lengua, quien ofreció igualmente ponerlas en almázcigo en terreno de su propiedad por el solo gasto de plantación y cuidado.

Estos almázcigos han prosperado regularmente, y la Sociedad se encuentra hoy con un buen número de plantas de raíz para destinarlas a las plantaciones de La Cruz.

En consecuencia se está procediendo ya a las plantaciones en su sitio de las cepas puestas en almázcigo, y se acondiciona el terreno para la preparación de plantales considerables para el próximo año.

Al efecto se han encargado ya diez mil sarmientos de la variedad Harriague, diez mil de la cultivada en el establecimiento que fué del señor Portal, y se ha llamado a propuestas para la compra de cien mil sarmientos Vidiella, además de obtenerse otras variedades reconocidas como de buena producción en el país, y de excelente calidad en sus frutos.

Prohibida, con acierto, la importación de plantas y sarmientos procedentes de viñedos europeos, el Directorio gestiona y espera obtener autorización para introducir de Chile veinte y cinco mil sarmientos de las clases superiores que allí se cultivan, sin que pueda temerse la introducción de enfermedades que allí no existen.

HECHOS Y RUMORES

Fiambre judicial.—Hace justamente un par de años que el Dr. Muñoz Anaya, a la sazón fiscal del Crimen, acusó ante el tribunal de imprenta un artículo del Dr. Durá titulado *Al salir* e inserto en *El Bien*.

Por esto o aquello no hubo insaculación de jurados. En virtud de esa circunstancia y del tiempo transcurrido desistió recientemente de la acusación el actual Fiscal.

El Tribunal de Justicia, dió vista al Fiscal de Hacienda, por acusación de los de lo Civil y del Crimen, y con tal motivo se produjo el dictamen y la resolución que van en seguida.

Exmo. señor:

A juicio del infrascripto, no ha procedido el desistimiento hecho por el ministerio público en esta causa.

Si bien es cierto, que tanto la ley de 15 de Junio de 1882, como la de 30 de Octubre de 1886, han sido derogadas por la de 13 de Abril de 1887, también lo es, que por esta última se han declarado en vigencia las disposiciones del Código de Instrucción Criminal sobre la materia.

Ahora bien, el artículo 406 de este Código establece con claridad, que constituyen abuso de imprenta, contra la sociedad, las publicaciones tendentes a desconocer o ultrajar los Poderes Públicos constituidos.

La simple lectura del artículo o publicación de que se trata, convence a cualquiera que ésta cae bajo esa disposición legal. En ella se ultraja no solo al Presidente de la República o Poder Ejecutivo, sino también al Poder Legislativo y al Poder Judicial.

Uno de sus párrafos, dice textualmente así: «Al único a quien no debo mas que perdon, jes don Máximo Santos. Yo se lo acuerdo, amplio, amplísimo... Para que le alcance a él, a Brian su carcelero poco notable, a sus jueces, a sus senadores, a todo ese andamiaje de miseria moral, sobre cuya cúspide está sentada la tiranía del fango, la peor en que puede ahogarse a un pueblo.»

Opina, pues, el Fiscal, que debe V. S. declarar, que no ha debido el señor Fiscal del Crimen, doctor Herrera, presentar el desistimiento contenido en el artículo de f. 13.

V. E., no obstante resolverá, como lo estime mas arreglado.

Montevideo, Julio 2 de 1888.

E. Garzon.

Victor: Atento el tiempo transcurrido desde la

fecha de la publicación *Al salir*, que aparece agregada a estos antecedentes.

Considerando: que el autor de la referida publicación, ha sido condenado en varias oportunidades por abuso de la libertad de escribir y calumniar, lo que importa el desprestigio de su propaganda y hace innecesaria la prosecución de este juicio.

Se declara: bien decretado el desistimiento,—y devuélvase.

Alvarez—Diaz—Piera.

Solicitada.—Señor Ministro de España don Julio de Arrediano.

Señor Ministro: habiendo sabido el año 1869 que mi... el general de ingenieros Angel Sorrenegui, había fallecido en Madrid el año 68, levanté un testimonio que legalicé en el Consulado y el año 71 me presenté al ministro residente don Carlos Creus, quien me atendió como un cumplido caballero y me ofreció un pasaje en la fragata de guerra *Blanca*, que debía partir para la Península. El estado delicado de mi salud en aquella época no me permitió ir en una espléndida fortaleza flotante a la patria del Cid, del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba y del mentor poético moderno Martínez de la Rosa y por esta causa el año 81 me presenté nuevamente al ministro señor V. Llorente y su secretario el marqués de Guirior, ante quienes constaté que desde el año 68 tenía por derecho un título de la nobleza española, aunque para mí la positiva nobleza estuvo siempre en la cultura de la inteligencia y la hidalguía del corazón.

Para que este pago quedara constatado, publiqué 300 ejemplares de un Apropósito que dediqué al ministro señor Llorente y los españoles en general que lo recibieron con indulgencia y que puede verse en la Biblioteca Nacional.

El año 84, reconociendo que tendría que emigrar, me presenté al nuevo Ministro español, el distinguido poeta don Manuel del Palacio que me atendió como un verdadero hidalgo y por esta causa dirigí una carta pública al Ministro de Relaciones Exteriores doctor don Manuel Herrera y Obes, declarando que reclamaría daños y perjuicios, cuando, cómo y en la forma que estimase conveniente ante quien correspondiera.

Hace tiempo que debía haber presentado mi reclamación; pero... esperaba que el actual Ministro de Guerra y Marina coronel don Pedro de Leon, recordaría siempre a su real Mentor y si hoy dirijo a usted esta carta abierta, es con la esperanza de que él atenderá como lo merece a este su afmo. que se firma como escritor.

Justo Rosas.

Cuidado con los alfileres!—Buenos Aires, Julio 5.

Para escarmiento de las personas que tienen la costumbre de poner los alfileres en la boca, sirva de lección lo ocurrido ayer en la casa quinta del señor Dr. M. Bilbao, en Belgrano.

Una de sus hijas, la señorita Elba, tenía en la boca un alfiler negro de acero y por un descuido se lo tragó cuando menos lo pensaba.

Ocultó el accidente hasta hoy; y al sentarse a almorzar se levantó corriendo sintiendo los efectos del alfiler en la garganta.

Inmediatamente fué llamado el Dr. Masasón que allí reside y diez minutos después luchaba por salvar a la señorita Elba que sentía atravesarse su garganta y sufría dolores terribles.

Procediendo con una habilidad extraordinaria el Dr. Masasón consiguió apoderarse del alfiler que caminaba en dirección al pulmón y sacarlo con la mayor facilidad.

Chile, Perú y Bolivia.—Dice un colega argentino:

Un telegrama llegado ayer de Lima dice textualmente:

«Temo que Bolivia declare la guerra al Perú, cuando Arca asuma la presidencia.

Hácese preparativos bélicos. Se han pedido armas a Europa. La guardia nacional se organiza.»

Dado luego creamos que carece de fundamento tal versión, porque Bolivia no está en condiciones de declarar la guerra a ningún estado, a consecuencia de su actual pobreza, de la desorganización clásica de su pequeño ejército y de carecer por completo de todos los elementos indispensables para una campaña de esa naturaleza.

Además, entre una y otra República no se han producido hasta ahora hechos tan graves que sea un motivo suficiente para la ruptura de sus relaciones.

Es verdad que el Perú ve en el doctor Arca, presidente electo de Bolivia—a su mas temible enemigo desde que éste responde a las inspiraciones y a la política absorbente de Chile, mas que a las inspiraciones y a la política de su patria, pero de ahí a establecer que Bolivia declarará la guerra al Perú hay una enorme diferencia.

Con el gobierno de Arca desaparecerá la rivalidad que existe entre Bolivia y Chile, por la sencilla razón de que Chile obtendrá nuevas ventajas y nuevos territorios bolivianos sin que le cueste un céntimo; de esa especie de alianza en-

SEGURAT

EL CANTO DE LOS HELENOS

"Preservar su imaginación de todo extravío no es pura y simplemente para una mujer virtuosa más que calcular lo que la conviene para ser feliz."

Mme. Necker de Saussure."

Eres bonita, mi querida Blanca; eres rica, te ves querida de todos y ya osas preferir a este mundo que te admira otro mundo encantador, pero ideal, creado por una imaginación de diez y ocho años. ¡Cómo te complaces en adornar con lujo, con amor esa Alhambra de tus sueños! que bien se vive en ella ¿no es verdad? lejos de las mezquinas exigencias y de las vulgares realidades de nuestras monótonas existencias. Allí no se oyen más que voces inteligentes y tiernas; allí se ama siempre sin calcular nunca... Tus amigos dicen que haces mal en dejarte llevar de esos devaneos, pero tú no haces caso de sus graves discursos: no creas pues que vengo ahora a predicarte yo también, no: estoy demasiado segura de que no me escucharías. Voy solamente a contarte una historia, y esta historia es la mía: voy a hacerte una confianza, casi a confesarme contigo; con que ya vez que no puedes dejar de oírme.

Ante todo, hija mía, permítame que te diga que te compadezco porque eres tan rica, raro lenguaje que sin duda llega hoy a tus oídos por primera vez. Acaso la riqueza te parece el mejor de tus privilegios porque te permite forjarte ilusiones a tu gusto y hacer felices a los demás. —Entendámonos; libréme Dios de querer arruinar! Una mujer pobre es harto digna de compasión. Yo desearía a todas las jóvenes un bienestar seguro, pero no un dote que atraiga las miradas codiciosas. La vida es como un campo de batalla; a lo primero que se apunta es a lo que más reluce.

Yo también, Blanca, he sido lo que tú eres ahora, bonita y muy rica... acaso no tanto como tú, esto importa poco, pero me faltaba una madre, es decir, al mas precioso de los bienes de este mundo, bien que no puedes agradecer bastante a Dios!... Yo era huérfana y estaba en poder de mi abuela, que me servía de tutora. A la edad de seis años ya me daba humos de rica heredera; no obedecía a mis maestros, trataba con altanería a los criados, y no hubiera podido comprender que el mundo entero no se sometiera a mis caprichos cuando el espejo en que me contemplaba prendida y rizada como una muñeca de gran valor me revelaba la importancia de mi personalidad.

Mi abuela, que había brillado mucho en la corte y corrido luego todos los azares de la revolución, conocía las glorias como las miserias del siglo pasado y del actual. Aunque algo frívola en sus juicios, poseía como pocas el don de la conversación, y muy eficientemente a la sociedad, había conservado un auditorio compuesto de antiguos amigos y de jóvenes indiscretos que para escribir obras históricas venían a instruirse con sus recuerdos. Burlándose de los sucesos, pero devota con las personas, amable, llena de talento y hábil en disimular a fuerza de gracia una educación incompleta, me complazco en representármela en mi memoria como el modelo de una época que hoy es moda calumniar, como si valiera menos que la nuestra.

Sin embargo, ya que te he prometido decirlo todo, debo confesar que mi abuela, bondadosa, indulgente, que nunca me rehusaba ni un beso ni un traje, no era una institutriz bastante vigilante para dirigir bien mi primera juventud. Primeramente, yo no la veía más que a ciertas horas, dos veces al día; entonces me hacía unas cuantas caricias, me daba algunas golosinas y me enviaba a mi cuarto. Por lo común cuidaban de mí únicamente mis niñerías y sobre todo una Mme. Laurent, camarera de mi abuela que la hacía pagar con un genio bastante insufrible treinta años de fidelidad; por lo demás, confieso que nunca tuve que quejarme de ella: si su despotismo pesaba sobre mis niñerías, lo que es a mí me trataba con extremado amiguamiento y aun me verdadero respeto. Por año nuevo me compraba juguetes de su dinero y me dejaba ponerme en carnaval sus gorros empinados y su justillo de raso tornasolado.

Pronto las ayaas sucedieron a las niñeras. Varias tuve: una inglesa me aburrí con relaciones de Shakespeare, una alemana me enseñó a pedir pan en la lengua de Schiller; en fin una discípula de Kalkbrenner tuvo la gloria de enseñarme a tocar unos cuantos rigodones al piano: todas, más atentas a sus intereses que a los míos, me abandonaron por ir a buscar fortuna en Londres o en San Petersburgo. Por fin se pensó en hacerme entrar en un convento para completar mi educación, a lo que me resistí como un pajarillo que no se quiere dejar meter en la jaula. Mme. Laurent tomó mi partido y me quedé en casa, donde, merced a algunos maestros que venían diariamente a darme lección y a mi poquito amor propio, logré adquirir esa instrucción superficial que basta a la mayor parte de las mujeres.

Así fui creciendo insensiblemente en este caserón de mis mayores que hoy te parece tan triste con sus grandes salones, sus antiguos muebles y su patio empedrado. A los diez y seis llegué a ser la asidua acompañante de mi buena abuelita y tuve la incumbencia de conducir los fondos de sus bordados en tapicería y de hacer los honores del té; pero no creas que a esto se redujo todo. Mi abuela, con una complacencia sin igual, me llevaba a una multitud de sociedades y tenía la paciencia de quedarse en

los bailes hasta última hora, gozando con mis triunfos como una verdadera madre; con mis triunfos, si: dispénsame esta vanidad retrospectiva: mi dote hubiera bastado para atraerme cortesanos, y la libertad en que me habían criado me daba una *picante* tintura de originalidad. Todos los cascabeles de la locura venían a alborotar en derredor de mí: yo me moría por el baile, la confusión, el bullicio. Empapada, por decirlo así, en el ingenio vivaz de mi abuela, acostumbraba a hacer los honores de su salón, no tenía ya el tímido encogimiento que de ordinario se impone a las señoritas, y sin embargo, mi inexperience de las cosas de la vida no podía ser mayor. Mis únicas guías eran el capricho y mi imaginación.

Todos los años por Mayo salíamos a jornadas cortas, en la carretela vieja, mi abuela, Mme. Laurent, un perrito de lanas llamado *Bajá* y yo, para la quinta de Braizieux, antigua casa solariega de la familia donde residíamos hasta Navidad, y donde los placeres del campo sustituían a los bailes y fiestas de la corte; recibíamos numerosos huéspedes, armábamos frecuentes expediciones; nuestra presencia animaba toda la comarca: no parecía sino que llevábamos los placeres en nuestro equipaje. El parque me parecía un Eden con sus frondosas alamedas y sus ópimos frutos cargados de abridores, de albaricoques y dorados racimos.

Mi familia no se componía de una sola persona. Tres hijos había tenido mi abuela, de los cuales solo le vivía el mayor, pero casado en una provincia distante con una mujer sedentaria y enferma, pasaba su tiempo enteramente dado a la caza, a la agricultura, a la educación de sus hijos y casi nunca venía a París. El segundo, que fué mi padre, había muerto de teniente coronel en España y mi madre le sobrevivió pocos años; en fin, el tercero, que también había muerto hacia mucho tiempo, había dejado una viuda y un hijo único, los cuales, aunque establecidos en Bretaña, venían de cuando en cuando a visitarnos. De estas dos personas voy ahora a hablarte.

No te ocultaré que detestaba a mi tía, en lo cual era doblemente imperdonable, porque jamás he conocido mujer mas perfecta, pero acaso aquella misma perfección era lo que yo no podía sufrir. Hija de una de las primeras familias de Rennes, Mme. de Braizieux tenía, no la orgullosa ceguera de los que desde la nada han llegado a ser ricos y que a nadie intimida, sino ese sello de dignidad nativa que se revela en todo involuntariamente. Alta, corpulenta, modelo perfecto de nobleza y decoro, parecía nacida para mandar: se me figuraba leyendo la historia, que como ella debieron ser Semiramis, Catalina II y Maria Teresa. En efecto, habiendo quedado viuda con un gran caudal que administraba y un hijo a quien dar educación, había gobernado aquel pequeño reino interior con firme y hábil soberanía. Jamás mi tía incurrió en el mas leve error en sus palabras ni en sus acciones; jamás un impulso irreflexivo trajo a sus labios una palabra inconsiderada, viva o muerta. Fiel a sus lutos de viuda no usaba mas que trajes negros y cintas grises o blancas; sus facciones tenían una regularidad algo masculina, a la manera de las medallas romanas, y sus cabellos que me parecía que siempre debían haber sido canos, rodeaban su rostro de bucles de platea crespos e inflexibles que estoy segura no se hubiera atrevido a descomponer el mismo viento.

Cuando Mme. de Braizieux venía a pasar una temporada con nosotros, todos quedábamos como estupefactos. Estaba mi tía harto bien criada, era sobrado discreta para tomarse la libertad de criticar cosa alguna en casa ajena, pero la sorpresa de sus miradas era mas elocuente aun que las palabras. Apesar del sumo respeto con que trataba a su suegra, ésta se sentía, como todos, subyugada por aquella influencia glacial: delante de su nuera hablaba con menos libertad y se vestía de colores mas oscuros. Hubiera bastado a un extraño oír a aquellas dos señoras dirigirse las palabras mas sencillas para juzgar de la frialdad que reinaba entre ellas. Yo por mi parte, pronto conocí que mi tía desaprobaba mi educación, mi independencia de carácter, mi ociosidad, mi lujo; así es que delante de ella todo desaparecía, buen humor, agudezas, joyas, encajes. Mms. Laurent, muda y turbada, no osaba regañar a nadie, y se me figuraba que el mismo *Bajá* se abstenia por respeto a ella de subir a los sofás.

Réstame hablarte de mi primo Jorge, muchacho muy guapo, dócil, respetuoso delante de su madre, asaz turbulento fuera del salón y hábil en lanzar su cometa a las nubes, pero muy poco divertido para mí: lo que sin duda contribuyó a inspirarme prevenciones contra él, fué que creí adivinar desde muy niña que me le destinaban para marido, y la sola idea de llegar a ser nuera de mi tía me daba calofríos. Mi primo, que me llevaba algunos años, había adquirido en sus playas bretonas la vocación marítima, y a este objeto se dirigieron sus estudios. En fin, un año vino a vernos muy ufano porque iba a embarcarse en un buque del Estado en calidad de guardia marina.

—Con que, primita, me dijo, ¿note envanece de tener un primo guardia?

—No, le respondí secamente; no me gusta la marina.

—Por qué? exclamó sorprendido. ¿Hay cosas mas hermosas que correr mundo, salvar una tripulación, llegar a ser almirante?... qué falta le pones a esta carrera?

—¿Qué se yo? se me figura que un marino debe volver siempre cortido del sol, muy espeluznado y oliendo a brea.

Sin contestar palabra me volví la espalda tan visiblemente ofendida que conocí mi imprudencia, pero no tuve el tino de repararla. Pocos dias despues nos dejó para ir a embarcarse en Tolón con destino a Alejandría.

Como no estoy escribiendo mis Memorias, sino un episodio de mi vida, permítame que salte sin mas preámbulo hasta el invierno de 1837 a

1838 que ha quedado profundamente grabado en mi imaginación. Entonces tenía yo veinte años.

Aquel invierno fué de los mas brillantes. El temor de cansar a mi abuela me hacía muchas veces preferir las reuniones íntimas o los conciertos a los grandes bailes: una vez entre otras, creí hacer un sacrificio meritorio persuadiendo a mi bondadosa acompañante perpétua que me llevase a casa de una amiga suya, la baronesa de Larcy, en lugar de ir a un gran baile en la embajada de Inglaterra; solo que para consolarme un poco de mi abnegación, estrené un lindo traje de crespon blanco y una preciosa guirnalda de hojas que había dispuesto para la función británica.

La baronesa de Larcy, contemporánea de mi abuela, era mundana como ella pero tenía mucho menos talento. Recibía todos los viernes y se tomaba un afán impropio por atraer gentes a su salón, en el que música, té, helados, conversación, todo en una palabra era muy mediano, por lo cual les verdaderos elegantes no asistían mas que en cuarema. Esto la obligaba a reclutar tertulianos en todos los países y entre todas las opiniones: allí la ex-guardia real jugaba al *whist* con los generales de Africa, y ruos y polacos se batían a *carte*.

Aquella noche nos sorprendió encontrarnos con un verdadero gentío. La baronesa que estaba radiante, se llegó a nosotras muy apresurada, con la sonrisa en los labios y vestida con un traje de terciopelo color de rubí.

—Pronto, pronto! nos dijo. Voy a ver si puedo colocar a ustedes. Esta noche tenemos muy buena música y van ustedes a oír cantar al príncipe Alfeo.

Mucho trabajo nos costó en efecto descubrir dos asientos desocupados en una banqueta. Junto a mi madre se hallaba una inglesa taciturna que llevaba el compás con una abanico a la moda del siglo pasado; junto a mí dos señoras muy elegantes hablaban de las últimas corridas de caballos y la reciente toma de Constantiná.

En esto un joven penetró por medio de la muchedumbre, que se apresuraba a abrir paso, y al punto mis vecinas olvidaron su animado diálogo para exclamar:

—Qué arrogante figura parece un camaleón antiguo! que nobleza de p *ri* etel ahora comprendo el entusiasmo de los franceses por la causa de la Grecia; ahora me explico el destierro voluntario de lord Byron.

—Solo por oír a ese gallardo cantor he renunciado esta noche a ir a la embajada, repuso su amiga. Dices que tiene tan hermosa voz como Rubini.

Seguramente el joven extranjero merecía llamar la atención. Tenía una figura hermosísima y sumamente noble: una sonrisa llena de melancólica dulzura realzaba la activa expresión de sus rasgados ojos negros. Cuando con una voz armoniosa y vibrante, dirigida con un gran talento de artista, hizo oír una especie de canto de guerra griego, todo aquel frívolo auditorio se sintió arrebatado de entusiasmo.

—Un talon es indigno de él, decían; sería preciso oírle en la Scala de Milan con la mar en el fondo del teatro para acompañar su voz.

El príncipe sin embargo no mostraba desear ni mas aparato ni mas público, antes cantaba con sencilla naturalidad como canta un pescador napolitano mientras está componiendo sus redes. Primero habló de los pasados tiempos de Atenas con el orgullo de Temístocles, luego de Atenas esclava con una sombría indignación: por último pareció que su voz se reanimaba recordando el reciente sacudimiento de la patria a que debió su libertad, y profetizándole la nuevos destinos. Luego que hubo callado de todos los ángulos de la sala se levantó una estrepitosa salva de aplausos, intercalados con lágrimas: algunos le pidieron que repitiese y le arrojaron coronas como a un actor. El príncipe se sonrió con amable melancolía, se acercó al piano y empezó de nuevo sencillamente sin mostrarse enorgulloso ni cansado.

Aquel talento excepcional, tan diferente de todo lo que se ve en los salones, la poesía inherente al nombre de la Grecia y acaso también la belleza del noble extranjero me causaron una viva impresión. Largo rato hacía que su voz había cesado de vibrar y aun resonaba en mi corazón.

—¿Ha oído nunca cosa semejante, ni aun en el teatro italiano? preguntó a su amiga una de mis vecinas. Desgraciadamente para el público, el príncipe es demasiado gran señor para hacerse artista: pertenece a una de las mejores familias de Grecia y desciende por su madre de uno de los duques franceses de Atenas.

—Yo creo, repuso mi segunda vecina, que desciende en línea recta de Apolo. Está visto que la Grecia es siempre el país de los dioses. ¿Es rico?

—Sin duda: todos los días se le ve en el bosque de Bolonia en un precioso tilbury tirado por un soberbio caballo, y con un lacayo vestido, creo, de albanes, que atrae todas las miradas.

—Cambiamos de asiento, me dijo al oírlo mi abuela que se aburría de no tener con quien hablar. Esabánico (el de la inglesa su vecina) me va a refrescar: se me figura que me echa a la cara todas las nieblas del Támesis.

Con esto nos acercamos al piano donde quedaban algunos asientos abandonados, porque los que habían acudido a oír el canto de los helenos ya se habían ido a otros puntos de la sala. La baronesa de Larcy se acercó a nosotras pidiendo elogios para su concierto como las cantoras de las calles piden cuartos.

Querida Albina, me dijo, Vd. tan aficionada a la música debe Vd. estar encantada.

—Seguramente, respondí. Jamás he oído cosa que me haya gustado tanto. Comprendería que ese canto sublevase a un pueblo.

Apenas hubo pronunciado estas palabras algo inconsideradas, cuando volviendo la vista alrededor, toda confusa, me encontré precisamente

con los ojos del príncipe, y aquella misma sonrisa dulce y melancólica que ya me había llamado la atención, me hizo conocer que me había oído; hasta creí adivinar que me preguntaba mi nombre; luego, toda sonrojada y mirando a otro lado, le oí exclamar:

—¡Hermosa como Vélada!

Entonces no había yo leído todavía los *Mártires* (1) y sin embargo aquellas palabras sonaron dulcemente en mis oídos: las mujeres adivinan los cumplimientos aunque no los comprendan.

Aquella noche dormí muy poco; el canto de los helenos me persiguió durante mis breves sueños: a la mañana siguiente me levanté con la esperanza de volver pronto a oírlo. Durante muchos dias solo fastidio encontré en las sociedades: jamás aquella uniformidad de lujo y de placeres me había parecido tan poco digna de mi atención.

El domingo siguiente, al salir de misa con mi tía, me estremecí involuntariamente al ver al príncipe reclinado en una columna de la iglesia, grave, siempre vestido de negro, iluminado el rostro por los vivos reflejos de las vidrieras de colores. Con gran sorpresa mía me saludó profundamente, saludo que le devolví poniéndome muy encendida y afectando atender solo a mi abuela.

Por espacio de cerca de un mes aquellos encuentros imprevistos se renovaron a menudo, tan a menudo que no tardé en abrigar una vaga sospecha de que el príncipe procuraba provocarnos: sus miradas fijas en mí con marcada atención podían hacérmelo suponer sin sobra de vanidad. Frequentábamos las mismas sociedades, le veía en los bailes, en el teatro, en los paseos, en la iglesia, siempre vestido de luto; ni bailaba ni jugaba; hablaba poco y rara vez de vulgaridades, pero todos le sacaban la conversación de los asuntos de Grecia, y entonces sus sentimientos patrióticos le comunicaban una elocuencia verdaderamente singular. Mi único disgusto era que siempre se negaba a cantar.

—Cante Vd. cualquier cosa, una romanza, le decía la baronesa de Larcy.

—No, respondía el príncipe, los desterrados no saben más cantares que los de su país, y éstos me hacen daño.

—Amigo mío, replicaba la amable baronesa, Vd. no está desterrado, aunque a decir verdad, si tratase Vd. de fugarse, procuraríamos retenerle a Vd. aquí por fuerza.

—Voluntario o nó, respondía, mi estado es el destierro. Atenas ha muerto, y lo único que sus hijos pueden ya pedirle es un sepulcro. Ya conoce Vd. los hermosos versos de lord Byron: «Patria hermosa de los griegos, ya no existes, y sin embargo eres inmortal!»

—Lord Byron decía eso hace mucho tiempo, añadía la baronesa haciendo el té: hoy sabemos que tienen Vds. una joven reina bellísima y que los bailes de Atenas pueden competir con los nuestros.

Entretanto el príncipe conservaba con respecto a mí una actitud tan reservada y respetuosa que su atención no podía turbarme mucho, y aun llegué a creer que mis sospechas habían sido hijas de la presunción; yo sin embargo seguía viéndole con gusto, pero nada más.

Pronto algunos episodios de la vida real vinieron a distraerme un poco de mis sueños.

Llegóme cuando menos lo esperaba, una compañera. La mayor de mis primas nos fué de pronto enviada por sus padres por pretexto de perfeccionar su educación, pero tal vez por un sentimiento de envidia inspirada por el particular cariño que me demostraba mi abuela: yo era evidentemente la nieta preferida. Era mi prima Noemi muy linda, tenía 17 años y el carácter mas alegre del mundo: criada en la provincia no tenía la menor idea de los usos de París, y yo recibí el encargo de irselos enseñando. Acaso mi poquito de superioridad en punto a elegancia hubiera bastado para impedir que se estableciese una grande intimidad entre nosotras: además, llegaba tarde. Ella no hacía mas que reír cuando yo no hacía mas que cavilar: no podíamos entendernos.

Mucho tiempo há que no te he hablado de mi tía, y es porque desde el día en que su hijo se embarcó en calidad de guardia marina, pasó varios años seguidos en Bretaña por no tener valor para perder de vista la mar. De tarde en tarde nos escribía dándonos algunos pormenores matemáticos sobre los viajes de Jorge a remotas tierras y sobre sus raras apariciones por Rennes; pero en la época de la llegada de Noemi recibimos algunas líneas de Mme. de Braizieux en que nos anunciaba que habiendo su hijo obtenido una licencia de pocos meses, vendrían ambos a pasarlos con nosotros, ya en París, ya en el campo.

Semejante noticia no podía venir en peor ocasión: un vago presentimiento me anunciaba que la presencia de mi tía iba a trastornar completamente la vida ideal que yo me había creado.

Estábamos en el mes de Enero, es decir en pleno carnaval, y como en casa de la baronesa de Larcy lo que predominaba era el canto, solía costarme no poco trabajo persuadir a mis dos compañeras que la prefiriesen a otras reuniones mas alegres.

—Aquella es una pajarería solía decir mi abuela.

Un día recibimos una tarjeta de la baronesa en que se leían estas palabras escritas con lápiz: «Vengan Vds. mañana a la noche en nombre de Santa Inés.»

Inés era el nombre de la baronesa, con cuyo motivo hallamos la casa llena de gente y de ramos de flores, entre los cuales reparé uno hecho de violetas y camelias blancas que me pareció mas sencillo y elegante que los demás, y así lo manifesté.

(1) Poema en prosa de Chateaubriand, cuya heroína es la bella sacerdotisa gala llamada «Vélada».